

CRISTÓBAL CUEVAS, EMINENTE FILÓLOGO

Se nos ha ido Cristóbal Cuevas García, catedrático de la Universidad de Málaga desde que llegó en 1979 procedente de la Universidad de las Islas Baleares, hasta su jubilación, hace ahora diez años.

Natural de Fuengirola (1932), había realizado sus primeros estudios en el Colegio de los Salesianos de Ronda, y los de Filología Románica en la Universidad de Granada, donde fue alumno, entre otros, de D. Emilio Orozco, que dejó en él una notable huella.

Trasladado a Madrid, impartió clases en el instituto “Tirso de Molina”, iniciándose también como profesor universitario. En una de sus visitas a su Fuengirola natal conoció a Rosario Giménez Ramón, con quien contraería matrimonio y con quien viviría en la capital durante nueve años, naciendo allí sus tres hijos.

De Madrid marcharía a Sevilla, en cuya universidad impartió docencia, y poco después, como catedrático, pasó a la universidad de las Islas Baleares, en Palma de Mallorca, donde fue Director del Departamento de Lengua y Literatura Española.

En 1979 llegaba a Málaga, ocupando el puesto que había dejado vacante Pilar Palomo, quien se había trasladado a la Complutense, y dispuesto a revolucionar los estudios filológicos en la universidad, para lo cual se preocupó por poner en marcha una serie de trabajos sobre escritores de todas las épocas relacionados con la ciudad y la provincia. Puso buena parte de su afán en dirigir tesis de licenciatura y tesis doctorales con ese denominador común, para que salieran del olvido o adquirieran su verdadera dimensión autores que habían pasado desapercibidos o no habían sido valorados en justicia.

Mientras tanto había ido fraguando su propia obra de investigación con aportes fundamentales sobre San Juan de la Cruz, del que fue máximo especialista mundial, como corroboran las ediciones de la obra del místico carmelitano, y no pocos artículos, entre otros, “Tres notas sobre el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz”, “El bestiario simbólico en el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz”, “San Juan de la Cruz y la transgresión de la norma

expresiva”, “Los versos de *La llama* de San Juan de la Cruz, en su tradición manuscrita”, “La crítica filológico-literaria sobre San Juan de la Cruz, en torno al centenario (1991)”, “El símil como ornato y prueba en la *Subida del Monte Carmelo*”, “Una <<Noche de amor>> con San Juan de la Cruz”, “Perspectiva retórica de la prosa de la *Llama de amor viva*”, “Mística ascensional en San Juan de la Cruz”, “Aspectos retóricos de la poesía de San Juan de la Cruz”, “Destinatarios de los escritos de San Juan de la Cruz: del *logos* poético al exegético”, “La literatura, signo genérico: la literatura como signo de lo inefable: el género literario de los libros de San Juan de la Cruz”.

También se ocupó de Santa Teresa y su obra, tanto en prosa como en verso, e incluso en aspectos menos conocidos, como su epistolario. Por ejemplo con trabajos como *Santa Teresa, San Juan de la Cruz y la literatura espiritual*, “El significante alegórico en el *Castillo* teresiano”, etc.

No se olvidó de la poesía del siglo XVI en general, y estudió a Fray Luis de León, cuya obra editó y analizó con solvencia y pulcritud, en verso y en prosa, especialmente la edición de *Los Nombres de Cristo*, pero también trabajos como “*Los Nombres de Cristo* como diálogo culto renacentista”, “Las traducciones en verso de Fray Luis de León”, “Fray Luis de León y la visión renacentista de la naturaleza: estética y apologética”, “Estilo del espíritu santo: crítica textual y polémica a propósito de un pasaje del *Cantar de los Cantares*”, “Composición de lugar y perspectiva dramática en *De los Nombres de Cristo*, de Fray Luis de León”, *Fray Luis de León y la escuela salmantina*, “El tema sacro de la Ronda del Galán, ¿Fray Luis fuente de Lope?”, entre otros. Sin olvidarse de Fray Luis de Granada, cuya obra iba a publicar después de su jubilación.

Fue uno de los máximos especialistas en la obra de Fernando de Herrera, que editó, y analizó en artículos como “Teoría del lenguaje poético en las *Anotaciones* de Herrera”, “La poesía moral de Fernando de Herrera”, “Un poema latino semidesconocido de Fernando de Herrera”, etc., considerando al divino poeta sevillano como un exponente de la lírica del amor cortés, y cuestionando la veracidad de sus sentimientos hacia “Eliodora”, heterónimo de Leonor de Milán, la condesa de Gelves. Precisamente sobre la filosofía del amor en el Siglo de Oro escribiría un artículo a propósito de un libro de Alexander A. Parker.

También se ocupó de Miguel de Cervantes, en su trabajo “Cervantes y la felicidad como utopía”, y de Francisco de Quevedo: “Quevedo y la sátira de errores comunes”, “La poética imposible de Quevedo”, “Quevedo y el lenguaje plebeyo”, “Quevedo entre neostoicismo y sofística”, “Retrato de Lisi en mármol”.

Pero su curiosidad intelectual se extendió también a Boecio como fuente de Bartolomé Leonardo de Argensola”, a “La Revolución francesa en la Literatura española del siglo XVIII”, a Juan de Zabaleta, al *Itinerario* de Andrade, y a escritores desconocidos, que sacó a la luz, como hizo en “Un desconocido manuscrito de jesuitas del siglo XVIII: Ferdinandi Morillas opuscula et alliorum Virila”.

Su apuesta por los escritores de Málaga y su provincia, se concretó en su edición de la obra *Ocios de Castalia*, de Juan de Ovando Santarén, la esplén-

didada selección de la obra poética de Salvador Rueda, que completó con artículos como “Salvador Rueda: La propuesta de un modernismo español de raíces autóctonas”, “Salvador Rueda y sus relaciones con el naturalismo (con seis cartas inéditas del poeta)”, y su aproximación a Arturo Reyes, de quien publicaría dos volúmenes de relatos, y *Cartucherita*. O de Moreno Villa: “Civilización artística y civilización comercial: *Pruebas de Nueva York*, de José Moreno Villa”, incluso Jorge Guillén, con la lección “El compromiso en la poesía de Jorge Guillén”, y Miguel Hernández con su artículo “Miguel Hernández en su meditación final”.

También se fijó en la obra de Bécquer, algunos de cuyos cuentos editó, y en la de José Antonio Muñoz Rojas, cuya obra antologó en un libro que ya es imprescindible.

Tempranamente se había ocupado en la obra de Bernardino de Laredo, y en las relaciones entre la obra de nuestros místicos y los del Islam.

Bajo su dirección se realizaron doce Congresos sobre Literatura Española Contemporánea en la Universidad de Málaga, y se llevó a cabo el ingente *Diccionario de escritores de Málaga y su provincia*, editado por Castalia en 2002.

Fue Académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo” de Málaga, y “Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, y creó el Grupo de Excelencia “Recuperación del Patrimonio Cultural Andaluz”, nº 159 de la Junta de Andalucía, que dirigió hasta su jubilación. La finalidad de dicho grupo es ahondar en los estudios sobre escritos y escritores andaluces (o afincados en Andalucía) de todas las épocas y corrientes. Tanto de los más conocidos, como de los menos conocidos y, desde luego, de los que siguen surgiendo.

La ciudad de Málaga le dedicó una calle con su nombre en la barriada de Teatinos, así como una biblioteca municipal: “Biblioteca Cristóbal Cuevas” situada en la Plaza de Eduardo Dato nº 1, en el barrio de Bailén – Miraflores de la capital malagueña.

Era un filólogo de talla internacional, reconocido y admirado como maestro por todos quienes hemos tenido la suerte de disfrutar de su verbo ágil y erudito, que lo habría llevado sin duda a la Real Academia si no se hubiera interpuesto su enfermedad.

Cristóbal Cuevas fue Director del Departamento de Filología Española y Filología Española II y Teoría de la Literatura, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y Vicerrector de Investigación de la Universidad de Málaga, el único filólogo que en España ocupaba entonces ese puesto, que parecía destinado a profesores de ramas científicas o técnicas. Y se convirtió en el padrino de dos doctores honoris causa de nuestra universidad: Jorge Guillén y Alfonso Canales.

A su jubilación, buena parte de sus amigos y discípulos le ofrecimos dos volúmenes de estudios titulados *A zaga de tu huella*, coordinados por el profesor Salvador Montesa, con artículos sobre los temas que le eran más queridos.

Fue un catedrático muy brillante, que iluminaba sus clases con citas eruditas de todo tipo, convirtiéndolas en charlas/conferencias amenas y sugerentes, lo que las hacía inolvidables. Como director de todo tipo de trabajos, era exigente al tiempo que alentador, una gran ayuda para todo el que se ponía en sus manos, una esperanza cumplida y cierta. Su interés por todo lo filológico le hizo convertirse también en un gran bibliófilo, que atesoró no pocos ejemplares de libros antiguos y raros que estudiaba con fruición.

Como hombre, siempre fue generoso y divertido, fiel a sus amigos, y entregado a quienes depositaban su confianza en él. Nos deja con un dolor muy especial por su ausencia, y la sensación de que su pérdida es irreparable. La Filología y todos sus discípulos y amigos estamos de luto.

ANTONIO A. GÓMEZ YEBRA
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA